

Etnografía y autorreflexión. La intervención desde la antropología

*Carlos Pérez Zavala**

Proemio

EL PRESENTE ARTÍCULO es el resultado de una serie de reflexiones acerca del tema de la intervención a partir de una investigación que actualmente llevo a cabo en Tepoztlán, Morelos. El tema que me interesa en esa búsqueda apunta hacia el estudio de la identidad cultural y su relación con las manifestaciones políticas de los habitantes del lugar.

Debo advertir que mi aproximación al ejercicio de la antropología sucede casi de manera involuntaria. Es a partir de estudiar el movimiento de resistencia de la comunidad de Tepoztlán en contra de la construcción de un club de golf en sus tierras lo que me permite acercarme a la teoría y métodos de la antropología. Esta tarea se me aparece como inevitable: sobre todo después de observar con asombro el éxito del movimiento de la comunidad en contra de este proceso de modernización. En ese momento la pregunta que me formulo también como ineludible es: ¿Qué es lo que explica el éxito del movimiento de resistencia? ¿La fortaleza de los vínculos comunitarios?, ¿la profunda conciencia histórica de los pobladores y la vigencia de formas de organización social que alrededor de las innumerables fiestas y celebraciones les han permitido reforzar los vínculos comunitarios y reafirmar su propia identidad cultural? En suma, en este caso es necesario asumir una estrecha e indisoluble relación de aspectos mítico-religiosos que explican la fortaleza de una cultura política local.

Así, sin pretenderlo, fui acercándome a observar los rituales, las fiestas, a tratar de entender las leyendas y por supuesto a mirar el mundo un poco

* Profesor-investigador. Departamento de Educación y Comunicación, Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco.

desde su propia perspectiva. No puedo decir que he logrado entender cabalmente esa comunidad. Sin embargo, después de convivir con la gente por más de ocho años, empiezo a ser mucho más cauto a la hora de escribir sobre su historia, sus problemas del pasado y del presente, a partir de tener una aproximación más cercana con las personas reales y concretas con las que he podido hablar y convivir.

Sin embargo, en un segundo momento, y atendiendo a las reflexiones que presento a lo largo de este ensayo, creo que tengo mucho camino que recorrer y tal vez que reconstruir antes de pensar que estoy aportando alguna inteligibilidad a los problemas que los pobladores de esta comunidad experimentan como relevantes.

Al reconstruir mi abordaje al estudio de esta comunidad lo que empiezo a descubrir no son conocimientos relacionados con mi objeto de estudio sino conmigo mismo.

Esto me lleva necesariamente a reflexionar sobre mi colocación y sobre mis puntos de partida.

La experiencia que aquí se relata no sólo intenta hablar de mis observaciones sobre la vida comunitaria del lugar, sino que al mismo tiempo da cuenta de una serie de reflexiones sobre los problemas de la intervención y trata de registrar una lectura sobre las implicaciones que he tenido que ir analizando en este tiempo.

Con todo, la experiencia de colocarse en esta mirada antropológica siempre enriquece nuestra comprensión de los otros y de nuestra propia colocación.

Entender la naturaleza de nuestra intervención, sus alcances y límites, siempre se nos presenta como un reto. Una tarea que nos obliga a tratar de llevar a cabo un descentramiento y una crítica de nuestra inevitable lectura autorreferencial y etnocéntrica.

Las preguntas

Una de las preguntas que quisiera plantear en este breve artículo podría formularse de la siguiente manera: ¿cómo se aborda desde la antropología el problema de la intervención en los procesos sociales? La intención de pensar un problema como el de la intervención, que es común a la mayo-

ría de las ciencias sociales, desde los territorios del saber antropológico tiene varios propósitos y sentidos. En primer lugar creo que ninguna de las disciplinas sociales debe rehuir la necesidad de contar con herramientas teórico-metodológicas que permitan enfrentar los problemas derivados del contacto con los objetos de estudio. Ello supondría una renuncia a su existencia como áreas del conocimiento que adquieren su razón de ser a partir de que intentan explicar la realidad social.

En este sentido considero que es precisamente el problema de la intervención lo que nos permite observar los presupuestos teórico metodológicos y los alcances y límites de las ciencias sociales. El caso de la antropología es muy ilustrativo, ya que en éstos terrenos no sólo podemos encontrar claves fundamentales y propuestas muy sugerentes en relación con éste problema, sino que al mismo tiempo podemos observar un enorme arsenal de formas y estrategias metodológicas que nos permitan pensar la intervención con una mayor claridad.

Más aún, la historia y naturaleza de la antropología presupone un trabajo de intervención que es constitutivo a sus prácticas profesionales y prácticamente razón de ser de su existencia como ciencia social. Abordar el estudio de "el otro", ya se trate de sujetos, comunidades y culturas la coloca necesariamente en la posición de ser, en cierta forma, vanguardia de las ciencias sociales en relación con este tema.

Sin embargo, pienso que si bien los antropólogos reflexionan sobre el carácter del conocimiento antropológico y sobre el sentido de su intervención, no siempre lo reportan en sus textos.

Por ello, en un segundo momento, en este artículo pretendo abordar esta discusión a partir de dos cuestiones que considero nos permitirán reflexionar sobre las vicisitudes del pensamiento antropológico y de la intervención: el papel de la autorreflexión del investigador social y del antropólogo en el proceso de producir conocimiento y las consecuencias etnográficas de su colocación en dicho proceso.

El problema de la intervención y la colocación del investigador

En primer término, creo que para poder pensar seriamente el problema de la construcción de conocimiento en las ciencias sociales es necesario plan-

tearlo desde una perspectiva que incluya una discusión de los procesos sociales implícitos y explícitos en él, y al mismo tiempo, nos lleve a pensar en las cuestiones de método en los procesos de intervención. Por cuestiones de espacio me referiré sólo a algunas de las consecuencias teóricas, metodológicas y éticas que se desprenden del trabajo que los investigadores sociales realizan en el campo.

La imposibilidad de pensar la intervención del investigador social en el terreno como un problema estrictamente metodológico, es uno de los puntos de partida del presente trabajo. Es decir se trata de plantear que cuando estamos trabajando con sujetos, grupos y comunidades hay que tomar en cuenta una gran cantidad de registros, pliegues y dimensiones que aluden a una reflexión mucho más profunda que la que se sugiere en algunos manuales de intervención comunitaria.

Por ejemplo, es inevitable pensar en las implicaciones éticas de toda intervención. ¿Desde qué postura se interviene en una comunidad? ¿Cuáles son los puntos de partida en términos de las posibles implicaciones que originan el trabajo? Y más aún, habría que asumir una pregunta central que se refiere a ¿qué se espera encontrar o hacia dónde se quiere llegar y para qué? Todas son preguntas que intentan dar cuenta de la colocación del investigador y de su postura ético-epistemológica.

Por ello, las primeras preguntas que siempre nos deberíamos hacer antes de empezar a trabajar en el terreno tienen que dirigirse a indagar sobre el carácter del conocimiento que estamos tratando de construir y a su finalidad: ¿para qué hacer un determinado estudio de tal comunidad? ¿A quién le sirve? ¿Es una preocupación estrictamente personal? ¿Obedece al cumplimiento de una demanda externa que asumimos como nuestra? Y tal vez, otra pregunta relevante se refiera a atrevernos a plantear si tienen alguna relevancia nuestras preguntas y presupuestos para los sujetos que estudiamos.

Por lo general se justifica la relevancia de un problema de investigación aduciendo a la conveniencia teórica, metodológica o estratégica del estudio. En este sentido creemos que nuestra postura como investigadores está sustentada en la necesidad de ayudar a los otros a entenderse mejor o a resolver algunos problemas locales.

Asimismo, en contadas ocasiones encontramos una justificación que se refiera a una lectura previa sobre la conveniencia del estudio para los

directamente involucrados. En este sentido muchas veces no aparecen por ningún lado este tipo de reflexiones que permitirían tener desde el principio una posición clara sobre la relevancia del trabajo.

Si es que emprendemos la tarea de asumir una reflexión profunda sobre estos asuntos, nos topamos con una primera condición que nos obliga a tomar en cuenta la naturaleza histórica de los procesos sociales que se investigan. Es decir irremediamente hay que considerar el total social que nos ocupa y no verlo como factores que intervienen en la producción del conocimiento. Desde un principio esta lectura debe regir nuestra mirada sobre los problemas que estudiamos como realidades históricas concretas y en movimiento.

Reflexionar sobre el problema de la historicidad significa así, entre otras cosas, asumir críticamente una lectura de la posición del investigador y su adscripción a determinados parámetros y coordenadas históricamente condicionados por su pertenencia a cierta cultura. Al llevar a cabo esta tarea el estudioso asume también una colocación y una perspectiva de observación que no sólo le permite leer otras realidades sociales, sino que al mismo tiempo puede observar claramente su propia cultura. Esta condición aparentemente obvia una vez asumida, permite establecer un eje de movimiento entre ambas realidades y hace posible que el antropólogo transite de un lado a otro en un momento dado. La continuidad y transformación histórica que atraviesa el proceso de intervención en el terreno a partir de la figura del investigador forma parte del proceso en curso y en algunas ocasiones se convierte en el objeto de estudio.

Por ello, insisto en que antes de emprender nuestras tareas tenemos que asumir una crítica de nuestra propia colocación como observadores/participantes en el terreno. No sólo me refiero a la necesidad de tener a la mano una postura sobre nuestra presencia, sino que debemos asumir un campo de incertidumbre que estará siempre acechando nuestras observaciones y nuestros registros etnográficos.

Éstos por lo general hablan de lo que podemos ver, de los aspectos que en el proceso del trabajo se nos hacen visibles. En este sentido el trabajo etnográfico será considerado como un eje central que nos permitirá establecer una mirada cuidadosa sobre nuestra intervención, pero es sólo una aproximación, una lectura que está sujeta a muchas revisiones.

Etnografía y autorreflexión

El hacer explícito nuestro testimonio en forma de texto nos permite mirarnos a nosotros mismos desde una cierta distancia que nos hace volver a poner el acento en la autorreflexión. Es sólo a través de una mirada crítica de nuestros textos que podemos observarnos a nosotros mismos. Observar al observador desde una lectura que nos habla de su voz, aunque trate de poner el acento en las voces de los sujetos sociales, actores e informantes que alimentan el texto.

Pero este registro es sólo una parte de una tarea más amplia. Es decir, estamos hablando del ejercicio de la etnografía entendida como la tarea de tratar de entender otros mundos y culturas tomando como herramienta conceptual nuestra propia percepción cultural. Lo queramos o no, somos actores, participantes y observadores y en nuestro quehacer están implícitos muchos rasgos de lo que los antropólogos llaman metodología del trabajo de campo.

Por supuesto que sólo podemos reflexionar sobre lo que vemos, lo que pudimos registrar. Pero siempre nos quedan preguntas sin resolver que nos advierten de nuestra exclusión de todo lo que estando allí nunca fue registrado.

Al contrastar nuestra lectura con la de otros, ya sean antropólogos, sociólogos, psicólogos sociales o integrantes de la comunidad, reconocemos nuestras lagunas teórica y metodológicas. Espacios opacos y oscuros, gestos imperceptibles, subjetividades e intersubjetividades que no sospechamos pero que están ahí en los bordes de nuestra mirada. Todo lo que se deja de lado muchas veces con cierta complicidad perceptual que evita la mirada consciente y reflexión desde nuestra parte.

Al asumir la relatividad de nuestros hallazgos estamos de alguna manera enfrentando los ámbitos de la incertidumbre.

Por ello estamos en el umbral de lo que nos permitiría descolocar una vez más nuestra mirada y volver a mirar con otros ojos, tomando tal vez un poco de distancia, otra realidad que no pudimos registrar en nuestra primera aproximación.

Hay que recordar que el proceso de conocimiento del investigador de las ciencias sociales es desde su origen un acto de violencia. Esta violencia es un punto de partida que trastoca la realidad social y con ello las subjetivi-

dades involucradas al imponerles una lectura muy particular y sobre todo ajena a los intereses de los investigados.

Intervención que no sólo inscribe una extrañeza que difícilmente es inteligible o cercana a los intereses de los sujetos estudiados, sino que además pocas veces el investigador es consciente de ella.

Este es un drama social, en el sentido que le atribuye Víctor Turner (1988), que tiene algunos equívocos y que involucra tanto al antropólogo como a los sujetos de referencia.

Ante esto, argumentar la validez o la pertinencia del conocimiento antropológico es por lo menos impropio.

Así, hablar críticamente de la intervención nos coloca irremediablemente en una autorreflexión sobre las implicaciones éticas y metodológicas de nuestro trabajo. Al vernos a nosotros a través de los ojos del otro tenemos la posibilidad de asumir críticamente nuestra condición de investigadores, siempre buscando en los límites. Esto nos hace asumir con una cierta dosis de honestidad la distancia con respecto a nuestros objetos de estudio.

¿Qué grado de verdad, qué estatuto podríamos atribuirle a nuestra construcción? ¿Por qué pensar que somos los indicados para producir una cierta inteligibilidad en un momento y en un lugar determinado?

El trabajo del antropólogo lo coloca en la línea de posibilidad o en la línea de fuga (abismo) para poder ya no entender cabalmente sino por lo menos asumir la carencia. Así, aceptar la distancia y observar nuestra colocación desde una óptica que nos permita ver los límites es lo mínimo que se nos puede pedir como investigadores.

Desde aquí podría ser interesante abordar algunas preguntas que varios antropólogos han planteado relacionadas con los aspectos teórico-metodológicos a la hora de llevar a cabo el trabajo de campo. Particularmente me referiré a los significados que hasta ahora he podido captar acerca del papel que los etnólogos atribuyen a su trabajo etnográfico.

Mi reflexión sobre la etnografía surge a partir de un camino indirecto. Es decir, es interesante mencionar que para cualquier estudioso de las ciencias sociales que haya reflexionado sobre los procesos que tienen lugar en la tarea de la investigación, necesariamente se tiene que hablar de la escritura en un momento u otro. De su propia escritura y por supuesto hay que hablar con las voces de las personas con quien se trabaja. Ya sea desde una

perspectiva sociológica, psicológica, histórica, y por supuesto antropológica siempre hacemos etnografía.

Así, cuando pensamos en la escritura y particularmente en la escritura que da cuenta de las voces de los otros que acompañan nuestro proceso de investigación, estamos haciendo etnografía.

Clifford Geertz nos aclara el papel de la etnografía:

Por ahora sólo quiero destacar que la etnografía es descripción densa. Lo que en realidad encara el etnógrafo es una multiplicidad de estructuras conceptuales complejas, muchas de las cuales están superpuestas o enlazadas entre sí, estructuras que son al mismo tiempo extrañas, irregulares, no explícitas, y a las cuales el etnógrafo debe ingeniar de alguna manera, para captarlas primero y para explicarlas después... Hacer etnografía es como tratar de leer (en el sentido de "interpretar un texto") un manuscrito extranjero, borroso, plagado de elipsis, de incoherencias, de sospechosas enmiendas y de comentarios tendenciosos y además escrito, no en las grafías convencionales de representación sonora, sino en ejemplos volátiles de conducta modelada [1987:24].

En cierto modo la reflexión desde la producción etnográfica nos permite poner a discusión todo el proceso de investigación que llevamos a cabo en cada una de las disciplinas en las ciencias sociales. Es decir, sabemos que el trabajo de escritura no agota el problema en su conjunto.

Por ejemplo, cuando analizamos la colocación del autor, la intervención de su propia subjetividad siempre está presente en sus escritos. Más aún, es inevitable hablar de la relación de su subjetividad con la propia de las personas con las que establece cierto tipo de relaciones sociales. Así el problema es mucho más complicado de lo que nos imaginamos ya que tanto a la hora de hacer observaciones, entrevistas o dialogar con los informantes están en juego una serie de espirales de expectativas recíprocas que no son directamente observables. A partir de que desde los ámbitos de la investigación social y sobre todo la antropológica establecemos este tipo de redes complejas de relaciones sociales que suponen un campo de intersubjetividades, es necesario que a la hora de elaborar nuestros textos, reportes o exposiciones estemos conscientes de lo que provocamos y de lo que dejamos afuera.

La reflexión sobre nuestras propias maneras de dar cuenta de lo que queremos comunicar por medio de nuestros textos nos coloca una vez más ante estos problemas.

En este sentido sería necesario hablar de la ubicuidad de la etnografía en el trabajo de investigación visto en su conjunto.

Según Abilio Vergara (2000), para lograr la eficacia de la comunicación con otros lectores sobre los contenidos de nuestro texto, tenemos que tomar en cuenta al menos tres momentos del propio proceso de investigación.

En primer lugar hablamos siempre con base en una serie de autores que nutren nuestros enfoques teóricos. Es decir una veta del trabajo que realizamos siempre acude de una manera u otra a ciertas referencias teóricas. Están presentes en esta mirada formando parte de nuestra colocación sobre el problema o los problemas que nos planteamos.

En un segundo momento está la contundencia de los datos que queremos comunicar, ya se trate de observaciones, entrevistas, o reflexiones sobre la colocación que asumimos como investigadores en relación con nuestro objeto de estudio, o bien referencias sobre las relaciones que establecemos con los informantes. Todos estos datos, son fundamentales para dar sentido a nuestras experiencias en el campo. Pero por sí solos no pueden comunicar gran cosa.

Finalmente tenemos que articular un discurso, una narrativa que haga creíble y comunicable nuestro proceso de investigación. Un estilo que nos permita articular las dimensiones teóricas y los datos en un discurso que sea capaz de involucrar al lector. Un estilo que posea capacidad y carácter de convencimiento.

Ante la antigua pretensión de hacer a la antropología una ciencia objetiva, que presume una etnografía en donde el narrador está ausente, es necesario tomar la complejidad del hecho antropológico en todas sus dimensiones. Estamos hablando de relaciones sociales en donde un sujeto está tratando de dar cuenta de lo que hacen y dicen otros sujetos. Al hacerlo está entablando una serie de relaciones sociales que le obligan a hacer inteligible su propia implicación en el hecho y por lo tanto a tratar de incluirla en su narración.

Esto nos lleva una vez más al problema de la presencia inmanente de una red de subjetividades entre los diversos actores que intervienen en las relaciones sociales que el antropólogo intenta describir.

En suma, la etnografía convence a partir de un discurso, una retórica, un estilo en donde una teoría que ordena y los lincamientos construidos (datos) no se pueden separar del lenguaje que se utiliza. El texto etnográfico no puede ser analizado prescindiendo de este contexto.

En el mismo sentido es interesante observar otra de las paradojas de la etnografía en muchas de las definiciones del sentido original de la antropología concebida como una relación desigual en la que el investigador (colonizador, perteneciente a un país desarrollado) es el que sabe y su objeto de estudio, la cultura de otros, una comunidad de "bárbaros", "indígenas" o "salvajes" son los que no saben. Entonces esta diferencia actuaba como una dimensión metodológica *sine qua non* para hacer confiable el trabajo del antropólogo. Es decir, debiera existir una notable diferencia entre el investigador y los investigados en términos culturales y otros para garantizar la eficacia del discurso del primero.

Sin embargo, cuando los antropólogos tratan de estudiar y hacer etnografías de individuos, grupos o comunidades de su propia cultura se agudiza la definición de los límites de su propia metodología. ¿Es posible que el antropólogo hable de su propia cultura? Es aquí cuando tenemos que hablar de una distancia óptima que permita al estudioso hacer posible una investigación que esté dotada de una cierta confiabilidad.

Marc Augé dice en este sentido:

Ahora bien, desde fines del siglo XIX, la observación occidental se vuelve sobre sí misma y descubre a la vez la pluralidad social interna (con su corolario, la pluralidad cultural) y la alteridad en el seno del individuo. Si los otros son menos otros, lo mismo ya no es más lo mismo: se hace complejo, se divide, se diferencia. El marxismo y el psicoanálisis han subvertido definitivamente el reinado de lo mismo y el territorio de la identidad. Se puede decir pues que toda etnología demasiado ciegamente positivista es en gran medida anacrónica a partir del segundo tercio del siglo XX [1998:82].

De aquí se desprenden otras preguntas: ¿Sólo aquellos que pertenecen a una cultura pueden conocerla a fondo? ¿El observador de una cultura distante puede ser descalificado para hablar de una cierta cultura?

Con toda esta discusión el antropólogo y el etnógrafo adquieren mayor conciencia de su estatuto de observadores.

Esto nos lleva nuevamente a pensar que las actuales discusiones con relación al papel que juega la etnografía. Una de ellas se refiere a que al hablar críticamente sobre las etnografías tenemos que entenderlas como un vehículo para cuestionar el proceso de investigación en su conjunto. No sólo en la antropología sino en todas las ciencias sociales.

Como lo señala Raymundo Mier (1994):

Ha ocurrido una fractura en el pensamiento contemporáneo que sin duda se ha mostrado extraordinariamente significativa para la etnografía: la reconsideración de la densidad del hecho social. La densidad, entendida también como una primera aproximación a una nueva concepción de la heterogeneidad de materias, de procesos, de actores, de identidades del hecho social, anticipada aunque desarrollada en otro sentido por Mauss en su concepto de fenómeno social total, sacudió al mismo tiempo a la etnografía, a la etnología y a la historia misma.

Finalmente, creo que estas cualidades del trabajo del antropólogo convierte a su disciplina en una especie de punta de lanza o vanguardia metodológica con respecto a otras ciencias sociales. Es evidente que el antropólogo no puede eludir enfrentar los problemas que he señalado anteriormente, ya que llegan a ser parte indisoluble de su objeto de estudio. Sin embargo, esto también es cierto para el resto de las ciencias sociales.

Bibliografía

Auge, Marc (1998), *Hacia una antropología de los mundos contemporáneos.*, Gedisa, España.

Geertz, Clifford (1987), *La interpretación de las culturas*, Gedisa.

Mier, Raymundo (1994), "Etnografías. Las encrucijadas éticas del relativismo", en *Versión. Estudios de Comunicación y Política*, n. 4, UAM-Xochimilco, pp. 13-46.

Turner, Víctor (1988), *El proceso ritual. Estructura y antiestructura*, Altea/Taurus/Alfaguara, Madrid.

Vergara, Abilio (2000), Ponencia sobre Etnografía, 28 de junio de 2000, Escuela Nacional de Antropología e Historia, México.